

el
FILM
de **H** **OY**

30
cp



Jack
HOLT
Lillian
MILES

**TU
SERÁS
MÍA**

Año II

Núm. 65

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARINO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

Tú serás mía

Novela de aventuras, interpretada por
JACK HOLT, LILLIAM MILES, ARTHUR WINTON,
GAVIN GORDON, WALTER CONNOLLY,
HARRY SEYMOUR, JACK LA RUE,
EMMETT CORRIGAN

Es un film
Columbia

Distribuido por
CIFESA
Mar. 60 - VALENCIA

Delegado para Cataluña, Aragón y Baleares
PEDRO BALART
Valencia 233 - BARCELONA

Postal-regalo: CLAIRE TREVOR

Prohibida la
reproducción

Distribución para España:

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16 - BARCELONA - Evaristo S. Miguel, 11 - MADRID

Gráfica Minerva - Rosellón, 207 - Teléfono 79366 - Barcelona

Tú serás mía

Argumento de la película

I

En el cabaret de Ennis reinaba aquella noche gran animación. El mostrador semicircular del bar estaba rodeado de parroquianos sentados en altos taburetes y los dependientes no se daban abasto a servirlos. En el salón, entre las mesas, bailaban las parejas al son de una música muy americana.

Se abrió la puerta, junto a la que permanecía rígido el portero, hombre alto y hercúleo, por si su intervención se hacía necesaria para expulsar a algún indeseable, y apareció en ella McCloud, joven de expresión enérgica y de porte distinguido, con un bigotito muy recortado en su labio superior, dirigiendo una mirada en derredor.

Una joven rubia que se encontraba sentada en una platea, al verlo aparecer gritó bromando:

—¡Ojo, que es policía!

McCloud sonrió y dirigiéndose al portero le preguntó:

—¿Quieres ir al "skating ring"?

—Iría con gusto.

—Pues toma una entrada.

—Gracias, señor McCloud.

Después, el policía McCloud se dirigió sonriente a la plaza donde se encontraba aquella muchacha rubia que había gritado al verlo entrar, y le dijo:

—Te gustaría ver a Kid Buns dejar k.o. a Moreno?

—¡Claro, hombre, claro!

—Ahí tienes dos butacas.

Luego se volvió a mirar a la concurrencia del salón. En una mesa próxima se encontraba un joven alto y delgado cuya vista le hizo torcer el gesto al policía. Era Georgie Perry, novio de aquella muchacha rubia.

Después McCloud se acercó a la mesa donde se encontraba cuando Ennis, el dueño del cabaret.

Ennis era un hombre de cierta edad, grueso y de cara expresiva. Comaba con verdadera glotonería y contemplaba con fruición el plato que le estaba sirviendo el camarero, a quien advirtió:

—Echale bastante salsa.

Vió a McCloud de pie parado junto a su mesa mirándole, sonrió y le dijo medio en broma:

—¿Es cierto que vas a casarte?

—Sí.

—Te felicito... ¿Cuándo es el suicidio?

—No puedo decirte. Todavía no le he dicho nada a la muchacha.

—Si te casas con Lola, hazme el favor de no llevártela de aquí.

—Mi mujer no cantará jazz.

—Avísame cuando todo esté arreglado. Quiero hacerte un magnífico regalo de boda.

—¿A eso, casualmente, he venido?... ¿Qué sabes tú acerca de aquel individuo?—y señaló el policía hacia la mesa donde estaba sentado Georgie.

—¿Quién es él?

—Demasiado lo conoces. ¿Te acuerdas de aquel robo que hicieron en la Hudson Company?

—Echale más ajo a eso—le dijo Ennis al camarero—. Me encanta la salsa.

—Se llama George Perry—continuó McCloud—. Y es el cajero a quien ataron los ladrones. Yo sé que estaba de acuerdo con los bandidos.

—¿Estás seguro?

—Todavía no, pero sé que muy pronto lo estaré. Si tú quisieras ayudarme la cosa sería muy fácil.

—¿Cuándo has sabido tú que yo haya delatado a nadie?

—Bueno, pero puede que algún día necesites de mí...

—Quizás!

—¿Qué me contestas?

—Hazme tú un favor primero, y después hablaremos.

En aquel momento se presentó un mozo todo azorado y tembloroso que balbuceó con torpe palabra:

—Ahí está Smoke Johnson preguntando por usted, por usted, señor Ennis. Viene armado y está furioso porque dice que lo han envenenado ustedes.

Ennis se demudó y se olvidó de la rifa que estaba la salsa porque sabía que el negro aquel era un bestia inconsciente muy capaz de asesinarlo.

—No te preocupes—le dijo tranquilizador el policía—. Yo me encargo de eso.

Y salieron por el pasillo hacia el recibidor, todo tembloroso Ennis, que sacó una pistola ofreciéndosela a McCloud, sin que éste la aceptara.

Y, quedándose el dueño del cabaret y el mozo detrás de la puerta, la abrió el policía encontrándose con diez o doce personas a quienes mantenía el negro Johnson con las manos en alto amenazándoles con una pistola, mientras les decía:

—Voy a matar a uno de ustedes antes de despachar a Ennis... ¿A quién mato primero?

McCloud entró impasible, desarmado, diciéndole al negro:

—Guarda la pistola, que quiero decirte una cosa.

—¿Usted no tiene nada que decirme! ¡Yo tengo tantas riñones como usted! Este arma se la quité a un policía y voy a estrenarla. Me alegro mucho que se trate de usted. ¡De rodillas, Johnny, de rodillas!

Y McCloud, que se encontraba junto al negro, siempre encañonado por su pistola, dobló una rodilla apoyándola en tierra.

—Encomiéndese a Dios y ree lo que sepa... ¡Vamos, ree el padre nuestro!

Pero en aquel instante, McCloud, con un movimiento rápido como el rayo, le largó al negro un puñetazo en la cara tumbándolo en el suelo sin sentido. Después se levantó impasible y se limitó a decir antes de salir por la puerta tras de la que le esperaba ansioso Ennis:

—Avisen la ambulancia.

Cuando salió del recibidor al pasillo y se enteró Ennis de que ya no tenía nada que temer, le dijo:

—¡Gracias! ¿Es ese el favor que me prometiste?

—No. El favor te lo voy a hacer ahora mismo. El porte de armas se castiga con tres años de cárcel. Yo pudiera ahora detenerte... y no lo hago. Este es el favor.

—Trataré de pagártelo. Ahora lo toca cantar a Lola. ¿Vas a oírlo?

—Por supuesto!

Si quieres casarte con Lola, tendrás que eliminar a Georgie Perry. Todas las noches viene a verla y creo que son novios.

Cantó efectivamente Lola, la novia de Georgie Perry, aquella rubia de la platea a quien McCloud había regalado

dos butacas para el boxeo y de quien el policía estaba locamente enamorado, y se extasió oyéndola cantar sentado junto a la mesa de Ennis. Cuando terminó el canto, la joven se dirigió al mostrador semicircular del bar y McCloud se acercó a ella.

—¿Qué hace aquí ese tipo? — le preguntó señalándole a Georgie.

—¿Y a ti qué te importa? Voy a casarme con él.

—No te puedes casar con dos al mismo tiempo y tienes que hacerlo conmigo.

—¿Casarme contigo?... Tú serás un héroe para el jefe de policía... pero para mí no eres más que un pobre diablo.

Pues mira, chica, tu novio va a bailar la próxima pieza en la Camisaría.

—El sigue colocado en la Hudson, lo que demuestra que no era culpable.

Se acercó Georgie que, de pie al lado, junto al mostrador, había estado escuchando la conversación e intervino:

—Usted no puede arrestarme, McCloud.

—Eso lo veremos.

Y le largó un puñetazo en la cara que le hizo correr para atrás diez o doce metros hasta tropezar con una mesa con la que cayó al suelo, se armó el revuelo consiguiente, hasta que el policía lo levantó, lo agarró por el cuello de la americana junto al cogote, y se lo llevó detenido.

II

Georgie Perry se encontraba en prisión preventiva mientras se averiguaba si había intervenido o no en el robo, y aquella tarde habló con Lola a través de una tela metálica

sumamente espesa y, en un momento de contrición, le confesó su culpa, quedando ella sumamente pensativa.

— Sé lo que estás pensando, Lola — dijo él —. Yo no quería decirte nada... Pero McCloud debe saber algo.

— Georgie... ¿Por qué hiciste eso?

— Me pareció tan fácil... Ellos me aseguraron que no pasaría nada. Lo único que yo hice fue decirles cuando iba a estar solo... ofrecieron darme diez mil dólares... y yo acepté... porque quería casarme contigo y no tenía dinero... Créeme, Lola, lo hice por ti... y por mí... Ahora olvidame.

— Tú no me conoces, Georgie... Yo no olvido a los que sufren.

— Pero es que yo soy un ladrón y no debes quererme.

— No digas eso. Tú cometiste ese delito por mí... Y todos nos equivocamos alguna vez en la vida. Está tranquilo, se arreglará todo y no irás a la cárcel.

— McCloud está en contra mía.

— Yo le hablaré. Él está enamorado de mí. Devolvémosle los diez mil dólares y conseguiré que retire su acusación.

Y así, aquel sinvergüenza de Georgie logró que espontáneamente le ofreciera Lola lo que él pensaba pedirle, para lo cual le había confesado su delito.

McCloud hablaba con O'Neil, otro policía que era su íntimo amigo y para quien no tenía secretos, y le enseñó una sortija diciéndole:

— ¿Qué te parece esta sortija?

— Por eso pueden darte un beso o una bofetada. ¿Dónde la encontraste?

— La he comprado. Es una sortija de compromiso.

— ¿Vas a celebrar tu compromiso con Lola metiéndole el novio en la cárcel? Ahora pégale a su hermanito, déjala después en la miseria, y te aseguro que estará encantada de prometerse contigo.

— Nos casaremos después que sentencien a Perry.

— ¿Qué pruebas tienes contra él?

— Muchas. Lo arresté por sospechas, pero las sospechas se están convirtiendo en pruebas fehacientes.

— ¿Pero tú estás loco!... ¿Le odias porque te quitó una mujer!...

— ¿Con quien voy a casarme!

Separándose McCloud de O'Neil, se fué a esperar a Lola a la puerta de su casa y, no sabiendo qué hacer mientras ésta llegaba, se puso a jugar a las tabas con una niña sentada en el último peldaño de la escalera.

Llegó por fin la joven y le dijo:

— ¿Qué hay, Lola? Desde las seis te estoy esperando.

— ¿Para qué?

— Para que cenemos.

— Ya cené, pero, si quieres, sube a mi cuarto, porque deseo hablar contigo.

Subieron y, ya en la habitación, McCloud se disculpó:

— Siento haber estado tan duro contigo anoche.

— La culpa no fué del todo tuya — le contestó conciliadora Lola.

— ¿Qué simpática es tu mamá! — añadió luego él cogiendo y contemplando un retrato que había sobre un mueble.

— ¿Cómo sabes que es ella?

— Después de investigar tu vida como buca detective, llegué a una conclusión.

— ¿Qué conclusión?

— La de que debemos casarnos.

— ¿Y qué averiguaste en tu investigación?

— Lo primero que hice fué enterarme de quiénes eran tus padres... sé hasta cuando te dió el sacampión... y en qué parte del hombro derecho tienes un lunar... Yo conozco toda tu vida... pero tú no sabes nada de mí.

—Sólo sé que dicen que eres un gran detective... pero no eres un caballero.

—¿Qué llamas caballero?... ¿Algo así como Georgie? Tú pasaste el sarampión y otras enfermedades peligrosas... pero ten mucho cuidado con la viruela... y, en este caso, la viruela se llama Georgie. Tu mamá te diría seguramente lo mismo si estuviera en antecedentes.

—A mamá, lo que le interesa únicamente es que yo sea feliz. Supongo que no esperarás que abandone a Georgie ahora que necesita de mí.

—No; y sería inútil pedirte que lo hicieras.

—Yo creía que él era inocente... Pero tú tenías razón y él mismo me ha confesado la verdad... Pero cometió ese locura por mí, para poderse casar conmigo... Y en esta vida todos cometemos errores.

—Seguramente. No hay nadie perfecto.

—Toma los diez mil dólares que le tocaron a él. ¿No serías tú capaz de ayudarlo si te dice quiénes son los que cometieron el robo?... El me ha prometido solemnemente no volver a delinquir... Aunque los detectives no son gente de mi devoción, yo sé que tú eres bueno... ¿Qué dices?... Le ayudarás?

—Seguramente.

—Gracias.

—Su próxima fotografía tendrá un número en la cepalda.

—¿Cómo?... ¿No vas a ayudarlo?

—Voy a ayudarlo a ir a la cárcel.

—¿Vas a valerte de lo que te he dicho?

—Gracias por la información.

—Si me quieres, pruébamele ayudando a Georgie a salir de este mal paso.

—Lo primero es mi deber.

—¿Con razón te odian?

—Sí, porque yo no me enojaré.

—¡Eres tan valiente... porque tienes a toda la policía detrás de tí!

—Bueno, me marchó. Voy a devolver el dinero robado por tu amigo.

—Está bien, McCloud, pero ten presente que hasta el día de tu muerte te odiaré.

—¡Hasta el día de mi muerte... tú serás mi mujer!

III

Algún tiempo después, condenado Georgie, fué encargado McCloud de su traslado en ferrocarril a la penitenciaría a donde había sido destinado, y viajaban ambos en un departamento reservado, unidas las muñecas del condenado y de su guardián por sólidas esposas. McCloud estaba medio adormilado, lo que no convenía a los planes del ladrón, planes formulados de acuerdo con Lola, que viajaba en el departamento contiguo, por lo que Georgie se revolvió dándole a McCloud repetidos codazos.

—¿Está usted nervioso?

—No, es que la argolla me hace daño en la muñeca... No crea usted que voy a escaparme.

—¡Eso lo sé yo!

Y sacó con la otra mano una llave del bolsillo y abrió la argolla dejando en libertad la muñeca de Georgie que se la agarró con la otra mano como si le doliera mucho.

Entretanto, Lola habló con un hombre gordo a quien le dijo misteriosamente:

—A las dos y diez para el tren en Harmon; así es que venga usted a las dos y cinco... y ahora que venga el vendedor de periódicos.

Llegó éste y le compró Lola varias revistas, escogiendo, en cuanto hubo salido, la que le pareció más adecuada. Con un lápiz hizo una señal en su cubierta pintándole un bigote a una mujer cuyo retrato aparecía en la portada. La abrió y, entre sus hojas, escondió una sierracilla de acero e inmediatamente hizo funcionar el timbre eléctrico arrojando a la Harpada un empleado del tren.

—Llame al vendedor de periódicos—le dijo.

Y cuando volvió el vendedor, le devolvió la revista señalada, diciéndole:

—Tenga, haga el favor de cambiármela por otra, porque ya la he leído.

Y, cuando se la cambiaba, añadió ella:

—En el departamento de al lado hay un joven que desea comprarle a usted una revista.

Entró el vendedor en el departamento en donde viajaba Georgio con McCloud, sentados frente a frente, y el joven ladrón escogió entre las revistas la señalada con lápiz, la que contenía la sierracilla, mientras al pagarla—porque a los presos les está prohibido llevar dinero encima—decía el policía:

—Lo que le convendría a usted es una novela en veinte volúmenes.

—¡Qué bueno es usted! — contestó Georgio.

Al poco, Lola, impaciente, deseando ver si la revista había llegado a manos de su novio, pasó a su compartimiento, diciendo:

—Vengo porque se me acabaron los cigarrillos.

Y, después de darle uno, McCloud le dijo a la joven:

—¿Por qué estás tan nerviosa? Tú no has cometido ningún delito.

—Y si lo cometiera, ¿me pondrías junto a Georgio?

—No digas esas cosas, querida... Cada vez que quieras puedo llevarte a verlo.

—¡Magnífico! ¡Valiente solución!

—Estando de buen humor, cinco años se pasan en un momento.

Se escuchó vocar la estación de Harman, donde se detenía el tren largo rato.

—Bueno—dijo ella—hasta luego.

Y salió del departamento, entrando en el sayo, donde en-



—Estando de buen humor, cinco años se pasan en un momento.

contró al hombre gordo que sin ningún cumplido y a gritos, como si deseara ser oído, le dijo:

—¿Vas para Albany? Yo también. ¡Qué suerte he tenido tomando este tren!

—¡Déjeme usted en paz!—gritó Lola.

—¡Vamos, tonta, no seas así!

—¡Váyase de aquí, déjeme!

Y el gordo la besó brutalmente lanzando ella agudo grito.

Pero en aquel momento llegó McCloud que lo había escuchado todo desde el primer momento y se había apresurado a acudir. Si no lo hizo antes fué porque tuvo que tomar la precaución de amanillar al preso uniendo con las argollas su muñeca a un hierro de la rejilla portamaletas del vagón.

Cogió McCloud al hombre gordo por el cogote y por los fondillos del pantalón y lo sacó en volandas arrojándolo brutalmente de náuticos sobre el suelo del pasillo, y después volvió a entrar en el departamento de Lola, diciéndole:

—Puedes estar tranquila. Ya no te molestaré más.

—Siempre defendiéndome! — exclamó ella descoesa de entretenimiento.

—Me alegro de que lo reconozcas.

—Johnny, siéntate, que quiero preguntarte una cosa.

—Dí — le respondió él sentándose.

—¿Por qué te has ensañado con Georgie? ¿Es porque tú eres detective y él ladrón, o porque tú eres hombre y yo mujer?

—Francamente, no sé cómo contestar tu pregunta... Si yo no te quisiera, de todos modos lo hubiera mandado a la cárcel... y, si él no existiera, de todos modos te querría. Espero que ahora me habrás comprendido.

—Tú debes tener muy mala opinión de mí.

—No, siempre tendré la misma.

—¿Pase lo que pase?

—¡Poco me importa!

—¿Aunque yo le sea fiel a Georgie?

—Si tú le eres fiel a Georgie... yo te seré fiel!

Y, efectivamente, aquel "pase lo que pase" tenía una explicación. Y lo que pasó fué que, mientras el tren estaba parado en la estación y Lola entretenía a McCloud, Georgie logró

cortar con la sierzecilla la argolla, salió al andén y se perdió entre el gentío. Cuando el policía volvió a entrar en su compartimiento, el pájaro había volado ya.

IV

Poco después le mostraba a McCloud un periódico su amigo O' Neil, y en dicho periódico venía el retrato de Georgie y, debajo de él, decía en grandes titulares:

"LA POLICIA LE SIGUE LA PISTA"

—¿No te parece — le preguntaba O' Neil — que el retrato de Lola debiera venir aquí también?

—No.

—Ayudar la fuga de un preso no es nada, ¿eh?

—Ella es la carnada.

—Pero ¿dónde está Perry?

—Al encontrarla a ella... encontraré a Perry, y lo mandaré a la cárcel.

—¿Y a ella?

—La haré mi mujer.

—Cuando uno llega a cierta edad... se le debilita el cerebro y sólo piensa tonterías...

Entretanto estaba reunido Emmis con los ladrones de su banda y les decía:

—Perry es un cobarde y estoy seguro de que, si lo rogen, se lo contará todo a McCloud.

—Habrá que suprimirlo.

—¿Quién habrá sido el delator de Perry? Daría cualquier cosa por saberlo.

—Pues el delator he sido yo — respondió cínicamente Emmis.

—¿Y ahora hay que eliminarlo?

—Ustedes—añadió Ennis—nunca serán nada. Carecen de imaginación y tacto. Hay muchas maneras de eliminar a un individuo. Mc Cloud no está interesado por Perry, sino por Lola. Si matamos a Perry, le haremos a Mc Cloud un inmenso favor. En cambio, yéndose Perry, fastidiaremos a Mc Cloud... porque Lola se irá con él.

¡Magnífica idea!

—¿Qué brutos son ustedes! ¡Jamás se les ocurre nada! ¿Cuál es la profesión de Perry?

—Tenedor de libros. ¿Por qué no le das un empleo en las Bermudas?

—Lo que yo necesito allí es un ministro de Hacienda! Pero, de todos modos, le enviaré a las Bermudas.

Y, cogiendo el teléfono, se puso en comunicación con Georgie Perry.

—¡Magnífico!—exclamó éste al recibir la noticia. ¿Cuándo deberé partir?... ¿Esta misma noche?... Bien, no se preocupe. ¿Sale el vapor a las nueve en punto?... Bueno, no me retrasaré.

Y, dirigiéndose a Lola, le dijo alborozado:

—¡Buenas noticias! ¡Querida, nos vamos a las islas Bermudas! ¡Esta misma noche a las nueve! Un amigo mío me acaba de ofrecer una colocación allí. ¡Por fin va a terminar esta tortura! ¡Será una vida nueva, un mundo nuevo!

—¡Honradamente?—preguntó Lola.

—Sí... ¡Cómo vamos a gozar en el vapor! ¡Son setenta y dos horas de viaje! ¡Las islas Bermudas son un verdadero paraíso! ¡Y ya no temblaremos al oír sonar el timbre de la puerta o del teléfono! ¡Aquí vivimos en continuo sobresalto!

El jefe de Mc Cloud, hombre ya viejo, con todo el pelo blanco, se encontraba vestido de uniforme en un despacho a donde hizo llamar al detective.

—Toma y lee eso—le dijo dándole un periódico—. No has averiguado nada. ¿verdad?

—He estado ocupadísimo.

—¿En qué?... ¡Hace quince años que te conozco! ¡Yo mismo te he ascendido hasta el grado que tienes! ¡En poco tiempo lograste una gran reputación! Eras, sin duda alguna, nuestro mejor detective! ¡Pero, de la noche a la mañana, has cambiado por completo! ¡Hoy no vales nada! ¡Ni te ocupas de nada!

—Siempre he cumplido mi deber.

—¡Perry te ha convertido en el hazmerreir de todo el mundo!... ¡Estás haciendo el ridículo! ¡Hasta la prensa ha aprovechado la ocasión para burlarse de ti!

—Los mismos que antes me elogiaban.

—Sí, pero ahora se burlan de ti... y de nosotros... Todos los días me preguntan si ya encontré a Perry.

—Pronto contestaré su pregunta.

—Olvidate de Perry.

—Lo siento, pero yo no acostumbro olvidar nada.

—Yo te lo ordeno.

Y, haciendo sonar un timbre, le dijo al ordenanza:

Diga a O'Neil que venga.

Cuando se presentó éste, le dijo el jefe a Mc Cloud:

No te ocupes más de Perry.

Y a O'Neil:

—De hoy en adelante, Mc Cloud estará a sus órdenes.

—¡Magnífico!

—Trabajarás con O'Neil hasta nueva orden.

A las órdenes de su gran amigo O'Neil, McCloud se presentó con él en un almacén, diciéndole su nuevo jefe:

—Tres veces han rabado en este almacén y según confidencias, van a volver a hacerlo esta noche.

Del almacén salían carretillas llenas de géneros que iban siendo cargados en un camión.

A McCloud le pareció ver a Lola y exclamó:

—¡Es ella!

—¿Quién?

—¡Lola!

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Hasta cuándo vas a pensar en esa mujer?

—Hasta que encuentre a Perry.

—No es a Perry, sino a ella a quien deseas encontrar.

—A ambos. ¿No podrías trabajar solo esta noche? Entre los papeles de Lola encontré la dirección de un dentista. Quiero preguntarle si la ha visto últimamente. Hasta pudiera ser que la encontrase allí.

—¿Podrías esperar mientras voy a la tienda de enfrente? Quiero comprar unas tijeras... para que hagas pajaritas de papel... ¡Si no metes los frenos, vas a tener un accidente! ¡No te dejes marear por unas falda!

—Te prometo que no tardaré más de dos horas.

—Vete si quieres seguir haciendo el ridículo. Después de todo, para nada me sirves.

Y, señalando a los que salían con las carretillas cargadas de mercancías, añadió:

—¡Cualquiera diría que son empleados de la casa!... ¿Qué valor tienen!

Y O'Neil entró en el almacén decidido a detener a aquellos cínicos ladrones, y, cuando McCloud iba a seguirle, vió pasar un auto a toda marcha y notó que dentro de él iban Lola y Georgie.

Y entonces se metió en uno de aquellos camiones cargados de mercancías robadas y obligó al chofer a que persiguiera al taxi a toda velocidad.

La persecución fué emocionante y accidentadísima al notar Georgie que era perseguido. Entretanto, sonaron dentro

de la fábrica repetidos disparos y, al poco, salió O'Neil tambaleándose, gravemente herido. Con grandes dificultades logró llegar hasta una columna telefónica y, cuando iba a pedir ayuda a la policía, cayó desvanecido a tierra.

En cuanto a la persecución, el resultado fué que el camión se estrelló contra un obstáculo y que Lola y Georgie lograron llegar hasta el vapor y embarcar para las islas Bermudas.

V

Al día siguiente se presentó el jefe de policía en el hospital, vestido de paisano, y fué conducido junto a la cama en la que se encontraba el cadáver de O'Neil, que acababa de fallecer.

—El quería hablar con usted—le manifestó el empleado del hospital que le acompañaba—. Lo último que dijo fué...

—¿Qué dijo?

—“A Johnny McCloud, que no se preocupe”.

—¿Tantos años de experiencia y de lucha perdidos en un momento! Pero... ¿qué le vamos a hacer?

Y luego le acompañaron a otra cama en la que se encontraba McCloud herido en el accidente del camión.

—¿Qué tal, capitán?... ¿Cómo está O'Neil?—preguntó McCloud.

—Creo que debe estar bien. El me encargó que te dijera...

—¿Qué?

—“A Johnny McCloud, que no se preocupe”.

—Cuando le vea dígame que no estaré tranquilo hasta que agarro al sinvergüenza que le hirió.

—Tendrás que mandárselo a decir con San Pedro.
—¿Cómo? ¿Es que...?

Entretanto, en las islas Bermudas, Georgia, todo vestido de blanco, como corresponde a aquel caluroso clima, se dirigía hacia su casa, en la que Lula se encontraba arreglando sus maletas.



—*¡Déjame, no me toques!*

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó.

—Librarme de la viruela.

Y al intentar acariciarla lo rechazó:

—*¡Déjame, no me toques! ¿Qué te estás creyendo tú?*

¿Que soy la imbécil más grande del universo?

—Acaban de decirme que vas a trabajar en el cabaret...

—*¡Tú no puedes hacer otra cosa! ¡Es inútil tratar de levantarte!*

—*¡Hasta suelos fregaría yo!*

—No puedes quejarte. Nunca has vivido mejor que ahora.

Me dijiste que íbamos a vivir honradamente... ¡Y eres contrabandista!

—Para evitarte preocupaciones. Si quieres vámonos de aquí.

—*¡Tú siempre andas huyendo de alguien a quien has engañado!... ¡Hasta robas a los ladrones con quienes trabajas!*

—Yo no estaría aquí si tú no te hubieses puesto a flirtear con McCloud... Vete... Quizá me hagas un bien dejándome solo. ¡Eres igual a todas! Cuando quieren marcharse, se hacen las ofendidas... Aquí viven muchos millonarios y quizá puedas conquistar a alguno.

Y, desilusionada ante aquel tipo repugnante, se decidió a abandonarlo y ganar su vida con su trabajo de artista, mientras Georgia entablaba palique con una joven turista emprendiendo su conquista.

Poco después aparecía en todos los periódicos una noticia sensacional, sobre todo para la gente del hampa, que la saboreó con deleite. McCloud ya no era policía. Había sido destituido por su ineptitud y por faltar a su deber. Había abandonado a su jefe O'Neil facilitando así su asesinato.

En la cárcel fué leída la noticia con verdadero entusiasmo y los ladrones de la banda de Ennis la comentaron alegremente.

—Sería cosa de enviarle un ramo de flores—dijo uno.

Y, en cuanto se divulgó la noticia, se presentaron en la habitación de McCloud dos prójimos de tipo patibulario de la cuadrilla de Ennis, Alberti y Christy, que le preguntaron:

—¿Estás armado?

—No.

—Nosotros sí. Prepárate a bien morir.

—¿Ustedes creen que voy a correr para que me tiren por la espalda? —les dijo acercándose a ellos y ocasionándoles gran pánico—. Porque ustedes sólo matan a traición.

Después les volvió la espalda despectivamente, tranquilizado al ver el miedo que sentían, y se dirigió a la mesa cogiendo un cigarrillo.

—¡Vamos, dispara ya! ¿Qué les pasa?

—No venimos a matarte. Fania quiere verte.

—¿Por qué no viene él? ¿También tiene miedo?

—Nos dijo que vayas para darte tu regalo de boda.

Y McCloud se presentó en casa de Fania, encontrándole rodeado de bandidos y sentado a la mesa comiendo.

—No he vuelto a comer buen caviar—lo dijo cuando le vió entrar—desde que despacharon al zar.

—¿Siempre estás comiendo?

—No siempre: a veces bebo: y, en las noches de lluvia, me dedico al poker.

Encendió McCloud un pitillo y Fania le preguntó:

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde chico.

—Si tú supieras que el último cigarrillo que ibas a fumar es el que tienes en la mano... ¡con qué gusto lo fumarías!... Aquí lo único que falta es el cadáver... y el cadáver eres tú... Aquí, casi todos nosotros tenemos una cuenta pendiente contigo... ¿Conoces a Lloyd Co.?

—¿La compañía de seguros de vida?

—Sí. Hay una vida que ella no aseguraría. La tuya.

—¿Qué colección de metachinos! A tres de ellos he temido el placer de aplastarles las narices.

—Y no lo han dicho.

—Hace dos semanas que he salido del Hospital, pero, si

desarmas a esos idiotas, te apuesto lo que quieras a que los dejo a todos k.o.

—Te equivocas. Si ellos están aquí es para que no te maten al tropezarse contigo en la calle. Uno nunca sabe quiénes son sus amigos. Hace muchos años que estarías hecho polvo, si no hubieras estado protegido por tu cargo. Entonces era muy arriesgado matarte, pero, desgraciadamente, las cosas han cambiado. Ahora estás a la disposición de todos... ¡La muerte de O'Neil te hizo perder tu prestigio!

—Yo me encargaré de vengarlo después que agarre a Perry.

Y, a la evocación de aquel nombre, Fania reaccionó y le dijo imperativamente a su gente:

—Quiero hablar reservadamente con McCloud.

Cuando los dos se quedaron solos, dijo el bandido:

—¿De veras no sabes dónde está Perry? ¿Querías saberlo?

—¿No dices que van a matarme?

—Yo haré que te protejan hasta que te embarques.

—¿Para dónde?

—Para las Bermudas. Allí está Perry. El es mi representante en las islas... ¡Johnny, nunca confíes en un tenedor de libros!... ¡Perry me está robando y necesito evitar que me arruine! Tú eres el único que puede sacarlo de Bermudas.

Manda a uno de tus hombres.

—No. Yo quiero que me lo traigan vivo y sin el menor escándalo. ¡Mi gente siempre tiene el dedo en el gatillo! Y, además, son capaces de traicionar a su madre. Necesito alguien en quien poder confiar.

—Gracias, pero no tengo ningún interés en ir allí.

—Lo tendrías si supieras que allí encontrarás a Lola. ¿Todavía quieres casarte con ella?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque mi regalo de boda será un viaje a las Bermudas. De allí para acá podéis venir en luna de miel.

—¿Tú crees que yo soy un idiota? De todos mis enemigos, tú eres el que más me odia. Quieres que vaya, porque soy el único que puede traer a Perry sin extradición.

—¡Exactamente! Trae a Perry, y luego...

—¿Me matarás?

—¿Qué mejor epitafio para un detective: "Con la vara que mides..."? Tú me juzgas mal. Yo te tengo una gran estimación. Cuando eras policía te odiaba, pero ahora eres de los míos, y nadie se atreverá a hacerte nada...

—¿A menos que tú lo ordenes?

—Justo... ¿Vas?

—Seguramente.

Y Ennis volvió a llamar a sus bandidos, que penetraron esperanzados de poder satisfacer su sed de venganza, pero su jefe les dijo:

—McCloud sale de viaje esta noche. Ustedes serán responsables si antes le pasa algo.

Y se los señaló al policía, diciéndoles:

—En guardia. Ellos te acompañarán hasta que te embarques. Os esperaré en el muelle al regreso del barco.

Y McCloud salió para las islas Bermudas aquella noche, en el vapor.

V

Georgie estaba bailando con la turista millonaria a quien intentaba conquistar, cuando vió, sentado en un sillón y mirándole atentamente, a McCloud, y acompañó inmediatamente a su pareja hasta su asiento.

—Sigamos bailando— dijo ella.

—Un momento. Ya vuelvo— y se encaminó a la habitación donde estaba Lola.

—¡Está aquí McCloud!

—Ya lo sabía.

—Tú le dijiste dónde estaba yo, sinvergüenza, traidora... ¿Qué haré yo ahora? ¿Ya no hay para dónde huir!

Y McCloud, que lo había seguido, se presentó en la habitación.

—¡Hola, Mac! Precisamente estábamos hablando de usted.

—En el próximo vapor nos vamos.

—¿Cómo me encontró?

—Una gitana me dió todos los informes.

—¿Una gitana rubia?... Mac, yo sé que estoy perdido. Ahora estaba diciéndole a Lola que es inútil pretender luchar contra usted... Así es que seamos francos.

—A mí no se me engaña fácilmente.

—Ni a mí tampoco. Ya sé que usted no es ya detective. Usted viene a buscar a Lola... Por mí, puede llevársela... Ella me ha dicho que lo quiere...

Y Lola, asqueada al ver la bajeza de aquel hombre, exclamó:

—¡Mentiroso!

Georgie continuó:

—Llévesela ahora mismo. Por mí no se preocupe. Pero déjeme en paz, y yo le prometo que no volveré a molestar a Lola. Estoy hablándole con absoluta franqueza. Si quiere, le daré la mitad de lo que he ganado aquí, o todo lo que tengo, pero déjeme tranquilo.

—¡Jamás!

—Ya usted no es detective.

—Detective privado, que viene de parte de Ennis.

—¡Ennis! ¡Oh, Mac, no haga usted eso! ¡Ennis, lo que

quiere es asesinarme! ¡Tenga compasión de mí, Mac! ¡Yo le ayudaré en lo que sea posible! Si usted me deja ir, le diré quiénes robaron la fábrica de sedas... y quién fué el asesino de O'Neil. ¿Le interesa? ¿Si se lo digo, me dejará salir?

- Ir, seguramente, pero a cumplir su condena.
- Lola también es culpable. ¿Qué hará usted con ella?
- Llévámela.



...y se dirigió al salón del cabaret donde estaba Lola cantando...

- ¿Para la cárcel?
- Seguramente.
- ¿Arees que voy a llorar?—preguntó Lola.
- ¿Por qué? Tú eres muy joven. Cuando salgas de la cárcel, tendrás 27 años. Muy buena edad para que nos...
- ¿No te rindes, McCloud?—preguntó Georgie.

—Sólo ante la muerte.

Pues ten cuidado no te cueste la vida—le repuso Georgie, que empuñaba una pistola en su diestra, oculta tras la espalda.

—Su turno, señorita—avisó un criado a Lola, saliendo ésta del cuarto para ir a cantar.

—Usted no puede arrestarme—insistió Georgie—. Usted ya no es policía.

—Se equivoca.

—Voy a subir en un aeroplano y, si usted se opone, lo mataré—y lo encañonó con la pistola.

Pero McCloud, impasible, se le acercó diciéndole:

—La silla eléctrica no es muy cómoda.

Y luego le atizó el golpe de su especialidad, el puñetazo en la mandíbula con la rapidez del rayo, haciéndole caer a tierra sin sentido.

Después salió y se dirigió al salón del cabaret, donde estaba Lola cantando.

Cuando ella terminó su canción, se acercó a la mesa donde él estaba, sentándose a su lado.

—¿De veras te retiraste de la policía?—le preguntó.

—Temporalmente.

—No cabe duda. Eres un gran detective. Al fin detuviste a ese sinvergüenza de Georgie.

—Brindemos por Broadway—dijo él alzando su copa e imitándole ella.

VI

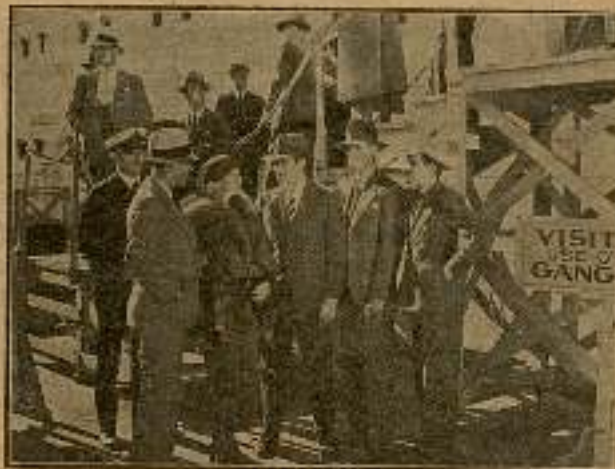
Cuando llegó el vapor procedente de las Bermudas, lo esperaba Ennis en su auto, acompañado por doce de sus más sanguinarios secuaces.

—Después que aseguremos a McCloud —les dijo Ennis—, me dejáis en casa... y ya sabéis lo demás.

—¿Y qué hacemos con Lola?

—¡Pobrecita! Yo la consolaré.

Al bajar del vapor, se encontró McCloud, que volvía acompañado por Lola y por Georgie, con los dos secuaces de Ennis, que le dijeron:



—Ennis está esperando en el auto.

—Ennis está esperando en el auto. Vamos.

Y, ya todos en el coche y puesto éste en marcha, el bandido dijo al policía:

—Tú sabes cumplir con tu palabra.

Georgie me ha contado muchas cosas.

—¿Qué amable es Georgie!

Me dijo quiénes fueron los que robaron la Hudson y quién mató a O'Neil.

—Aquellas balas eran para ti. Pero no te preocupes, que tenemos otras.

—Te prometí traerte a Perry, y aquí lo tienes.

—Gracias. Dentro de unos minutos estaremos en paz.



—No tiene cuenta ser ladrón.

—Tú no me debes nada —dijo McCloud, mientras encendía un cigarrillo—. ¡Me encanta fumar!

—Tenemos que llegar pronto.

Y, en esto, se oyeron las agudas sirenas de las motocicletas de la policía. Seis u ocho de éstos venían a toda marcha tras del coche.

—¿Adónde crees que vamos? —preguntó McCloud a Ennis,

que, asombrado, comprendió la celada que les había tendido McCloud. Vamos a la jefatura de policía.

Los ciclistas rodearon el coche, dándole escolta y saludando con el brazo a McCloud, mientras los bandidos quedaban apabullados.

—No tiene cuenta ser ladrón —añadió—. Ustedes mismos se eliminan. Tú hundiste a Georgie, y él a ti... Y, ahora, yo os voy a hundir a todos... ¡Paciencia, amigos míos, paciencia! Dentro de unos minutos estaremos allá.

VII

Pocos días después, McCloud visitaba a los presos y hablaba con Ennis, para quien había hecho llevar una ración de caracoles.

Están riquísimos —le decía éste relamiéndose.

—Son del Lafayette.

—¿Qué buena es esta salsa de ajos! ¿Quieres probarla?

—Gracias, voy a hacer una visita de cumplido.

Y recorrió las otras celdas, saludando a través de las rejas a los otros bandidos de Ennis, todos caídos en el garfio. Pero, al llegar a la celda que debía ocupar Lola, vió que estaba vacía.

¿Y la chica? —preguntó.

El capitán le mandó llamar.

Y McCloud se fué inmediatamente a ver al capitán, su viejo jefe.

—Te hemos rehabilitado —le manifestó éste.

—Gracias a usted.

—No. Gracias a Ennis, a Perry, a Alberti, a Brodie... y a Lola... ¡Lástima que tengan que condenarla!

—Ella tuvo la culpa.

—¿Todavía la quieres?

—Sí; me casaré con ella cuando la pongan en libertad.

He hecho cuanto he podido por salvarla.

Y en esto, con gran alegría de McCloud, se presentó la joven, diciéndole el jefe:

—El fiscal la perdona si hay alguien que responda por usted.

—¿Y qué he de hacer, yo?

—Someterse a su protector.

Y, dirigiéndose a Mac, añadió:

—El fiscal me dijo que estaba dispuesto a entregártela si yo daba mi aprobación... Y por mí no hay que hablar.

Ni por mí —dijo Mac.

Ni por mí —dijo Lola.

Entonces estamos de acuerdo.

Y McCloud sacó entonces del bolsillo la sortija de compromiso que hacía tiempo había comprado, diciendo:

—Esto es un solitario.

—¿Para cuando a una la perdonan? —preguntó Lola.

—No —respondió Mac—, para cuando uno se compromete.

Y Lola, loca de alegría, cayó en sus brazos y los labios de ambos jóvenes se unieron en un beso apasionado.

Ella era ya suya. Había él logrado realizar su empeño.

F I N

Números publicados:

1. "La Emisera Fama", por Ralph Forbes.—2. "Porque te quiero", por Nancy Carroll y John Bole.—3. "Dura de Pelar", por James Cagney, Mary Brian.—4. "Central Park", por Juan Blondell, Wallace Ford.—5. "Adas Broadway", por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cortez, etc.—6. "El Deseador", por Jack Holt.—7. "La Dama del Avión", por Janis Murray, Evelyn Knapp, etc.—8. "Palacio Flotante", por George Brent, Zita Johann, etc.—9. "Se Necesita un Rival", por George Arliss, etc.—10. "El Abasco de la Criatura", por Stan Laurel y Oliver Hardy.—11. "Hoop-la!", por Clara Bow, Richard Cromwell, etc.—12. "Noches en Viena", por Herbert Marshall, Sam Morita, etc.—13. "Madison Square Garden", por Thomas Meighan, Marion Nixon.—14. "¡Hola, Hermanita!", por James Dunn, Boris Mallory, etc.—15. "La ley del Talión", por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc.—16. "Muralles de Oro", por Rosita Moreno, Norman Foster, etc.—17. "La Locura del Dalar", por Walter Huston, etc.—18. "Por un Buen", por Georges Milton, Tania Feltor, etc.—19. "Civismo", por Charles Bickford, Richard Arlen, etc.—20. "El Precio de la Inocencia", por Jean Parker, Willar Mack, etc.—21. "Sábado de Iniesta", por Gary Grant, Nancy Carroll, etc.—22. "Jimmy y Sally", por James Dunn, Claire Trevor, etc.—23. "Alisa la Condesa", por Allison Skipworth, Richard Bennett, etc.—24. "A la Sombra de los Muelles", por Claudette Colbert, Ben Lyon, etc.—25. "Perdona, Señores", por John Gilbert, Robert Armstrong, etc.—26. "Palas Acusación", por Richard Trimidge, etc.—27. "Cupido de Uniforme", por H. Liedtke, etc.—28. "Broadway y Hollywood", por A. Brady, F. Morgan, etc.—29. "El Expreso de Oriente", por H. Angel, N. Foster, etc.—30. "Te quise ayer", por Elissa Lund, Warner Baxter, etc.—31. "Vemo Satán", por Marion Burns, Kane Richmond, etc.—32. "Locura de Shanghai", por S. Tracy, E. Wray, etc.—33. "La Máquina Infernal", por C. Morris, G. Tabin, etc.—34. "Contigo a la Retratadora", por M. Schneider, etc.—35. "Taxi", por Gina Marie, Charles Chalis, Mousie, etc.—36. "Una de Miel para tres", por Sally Eilers, etc.—37. "Muchachas de Viena", por Ursula Crabbie, etc.—38. "Estadadores de Noche", por Jenny Jugs, etc.—39. "El 94 de Caballería", por Lonien Barons, Fernandez.—40. "Noches de Vert-Said", por Ricardo Muñoz y Renee Herchel.—41. "De Eva para acá", por G. O.'Brien, Mary Brian.—42. "Se ha Robado un Hombre", por Henri Casar y Lili Damita.—43. "Cocktail Musical", por Bing Crosby y Jack Oakie.—44. "Turballano de Sociedad", por Francis Dee y Gene Raymond.—45. "Gracia y Simpatía", por Shirley Temple y James Dunn.—46. "Noches en los Bosques de Viena", por Maggi Schneider.—47. "Vivales Bahamans", por Juan Blondell y Glenda Farrell.—48. "Acusado en la Terraza", por Warner Baxter y Mirza Loy.—49. "Abnegación", por Bobé Daniels y Lyle Talbot.—50. "Amor y Contrallas", por James Dunn y Claire Trevor.—51. "Amantes Fugitivos", por Robert Montgomery y Madge Evans.—52. "El Crimen del Panteras", por Carl Herson y Victor Mac Lagen.—53. "Ignominia", por Helen Twelvetrees y Bruce Cabot.—54. "El Conquistador Irredesible", por Robert Montgomery y H. Thatcher.—55. "Compañeros de Juerga", por Stan Laurel y Oliver Hardy.—56. "El Refugio", por Robert Montgomery y Maureen O. Sullivan.—57. "Polvo y Olla", por Jean Harlow y Lou Tracy.—58. "El Incomprendido", por Jackie Cooper y Thomas Meighan.—59. "Secreto que Quema", por Willy Foye y Hank Shaufuss.—60. "El Fugitivo de Chicago", por Gustav Froelich y Lil Dagover.—61. "El Campaño del Regimiento", por Bach.—62. "Frédérica", por Mady Christians.—63. "La última noche", por G. O'Brien y Claire Trevor.



Cubierta, Imp. M. PELLICER
Montaner, III - Teléfono 76132

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS
TELÉF. 16841 - BARCELONA